

El corazón en la piedra

carlos ramirez



Image not found.

Capítulo 1

Las leyendas

(Viridiana Revan)

Las leyendas decían que sería una mujer quien mataría al dragón. Con el corto paso de mis siete años, había escuchado una y otra vez decir a mis padres, mis hermanas y mi abuelo, que nuestra libertadora llegaría caminando por la senda del oriente; que su cabello sería negro como mil noches; y que, al terminar la lucha, los grisáceos muros del Palacio Olvidado se destruirían. Así se había comunicado durante generaciones y yo fervientemente lo creía.

Mi casa era una de las pocas que habían soportado el paso del tiempo cerca de aquel palacio. Mis hermanos, que en ese entonces eran unos chiquillos temerarios —normalmente despeinados— gustaban de acercarse a la morada del dragón y observar la inmensa puerta con binoculares fabricados por ellos mismos.

— ¡Mira, mira... —se decían rolando los tubos de cartón que fungían como catalejos— ...ha exhalado fuego!

Detrás del portón carcomido podía mirarse la danza de los tentáculos furiosos lamiendo y limpiando la oscuridad de la noche.

—Lárguense de aquí— sonaba perentoria y grave la voz de la bestia alada, y mis hermanos volvían a la casa a contarnos el incidente.

Cada mañana, apenas se asomaba el sol, cruzábamos el largo camino que conducía hasta Saddeck, la ciudad más cercana al monte donde vivíamos, y mirábamos a nuestra izquierda la fortaleza del dragón. Suspirábamos imaginando la llegada de la salvadora. Una noche, cuando intentábamos dormir, ocurrió el incendio.

— ¡Mamá! —se escuchó el grito de mi hermano más pequeño, seguido de un largo ataque de tos y llanto. Corrí a buscar a nuestros padres pero el fuego cada vez era más insoportable y caí al suelo sofocada por las llamas, perdiendo la consciencia.

—Despierta, vámonos de aquí.

Abrió los ojos y el cielo, para su sorpresa, continuaba colorido. No había nubes y de alguna manera era como si las cenizas del incendio se las hubiera llevado el viento. La columna de humo de la casa, aun ardiendo, se adivinaba a lo lejos.

Aunque sentía mucho dolor por la muerte de mis padres, el niño agradecía a los cielos tiempo después el hecho de haberme salvado.

—Vámonos Vendel, tendremos que caminar.

—¿A dónde? —Se insinuó una inocente sonrisa sobre su rostro tizado.

—A Saddek, no podemos ir a otro sitio.

Enlazamos nuestras manos y partimos despacio a la ciudad. Con la única seguridad de que estábamos juntos.